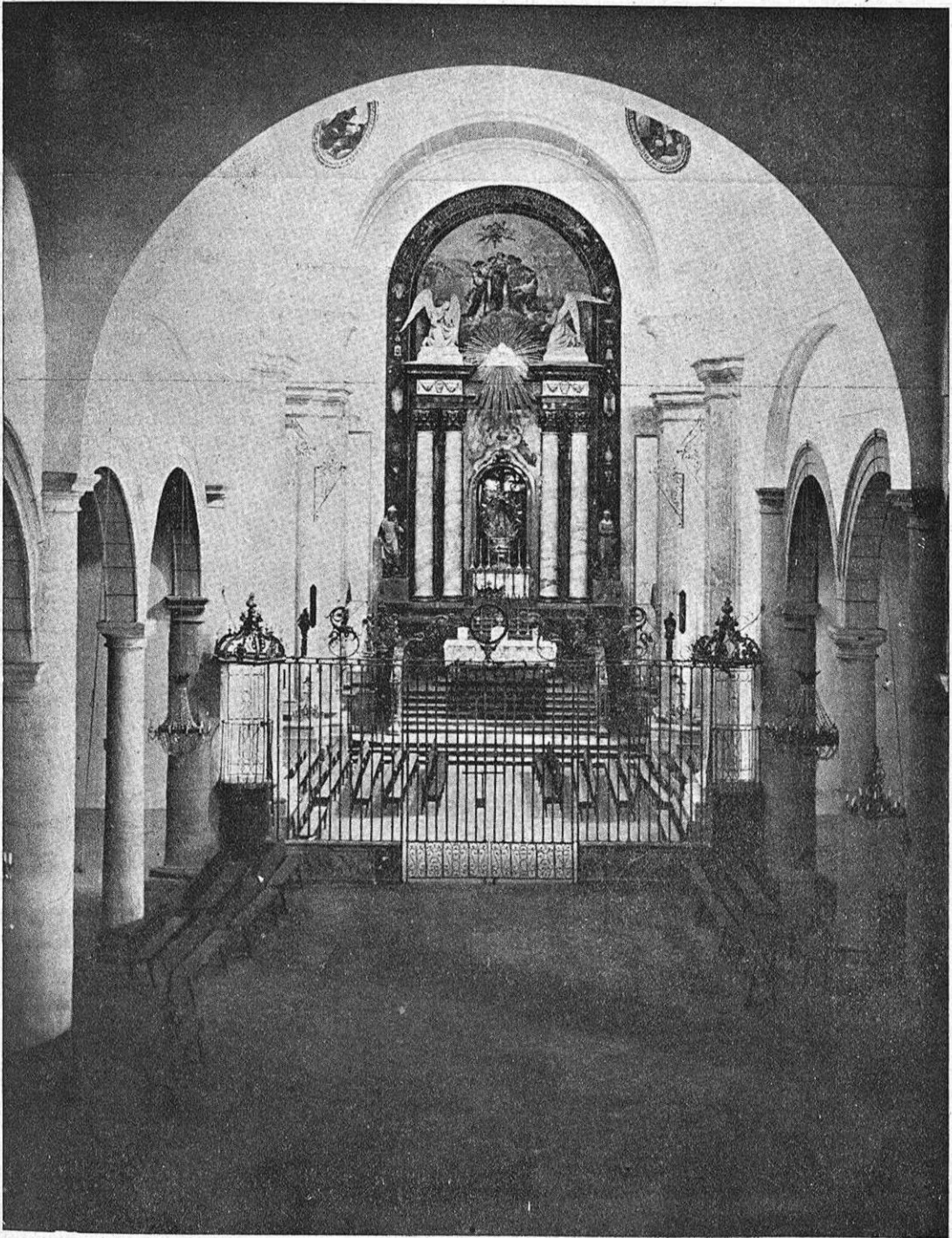


EL CASTELLANO GRÁFICO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO I. — NUMERO 7
1.º DE JUNIO DE 1924

SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS:
JUAN LABRADOR, NUM. 6



INTERIOR DEL TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA DEL PRADO, PATRONA EXCELSA DE TALAVERA DE LA REINA

(Foto Luna.)

CUENTOS TOLEDANOS "Ashaverus", bohemio y pintor

Como la hoja del árbol, rugosa y seca, que un viento de otoño arranca y otro viento la empuja ¡hála!, ¡hála!, y rueda siempre, rueda sin cesar sobre las ciénagas viscosas, sobre los secos arenales, sobre las flores del jardín, y un día cualquiera, mientras paseamos, en paz el espíritu fatigado de la dura jornada del día, de todos los días, la hallamos en nuestro camino, y tal vez nos paramos a pensar en cuál sería el árbol que le dió su savia, en qué día, qué hora y qué viento le arrancó de su amor y cuál fuera la ruta de dolor que siguiera hasta allí; así cayó una fría tarde del mes de Diciembre, lluviosa y triste, en el amable riconcito del Petit Fornos, deliciosamente acoge-

cuando comentábamos el vivir del mundo, cuando discutíamos los temas del espíritu!

Su melena entonces, de ordinario lacia, bajo el ampuloso chambergo bohemio se encrespaba inquieta como la melena de un león del Sahara, y entre sus dientes blancos y prietos temblaba, mordida, la negra cachimba como entre las fauces de un tigre enfurecido temblaría el trozo de hierro que arancó de su jaula a dentelladas y zarpazos.

Y en los días claros, cuando el sol pone reflejos de oro en las viejas piedras de los monumentos y pinta esa gama de tonos extraños en las sombras grises de los callejones, el pintor bohemio, que así le nombraba la gente del pueblo, recorría las calles, se adentraba en los más escondidos rincones, o se absorbía en la contemplación del paisaje, tan rico y tan vario, de los cerros adustos, de las fértiles vegas que rodean a Toledo, cargado siempre con sus múltiples trebejos, con la negra cachimba entre los dientes prietos, con sus brillantes pupilas en el rostro cetrino enmarcado por la larga melena, lacia y negra, bajo el negro chambergo ampuloso y fantástico.

Una tarde de verano regresaba yo de paseo por el Puente de San Martín, y allá abajo, junto al Baño de la Cava, Ashavero trabajaba en un lienzo grande, que apenas podía sostener su caballete de campo.

Había hecho mucho calor aquel día, y huyendo del aliento cálido de todos los ciudadanos, que no es otra cosa el aire de la ciudad, trepé por los áridos peñascales del cerro del Bú, hasta colocarme en la cima de la legendaria piedra del Rey Moro.

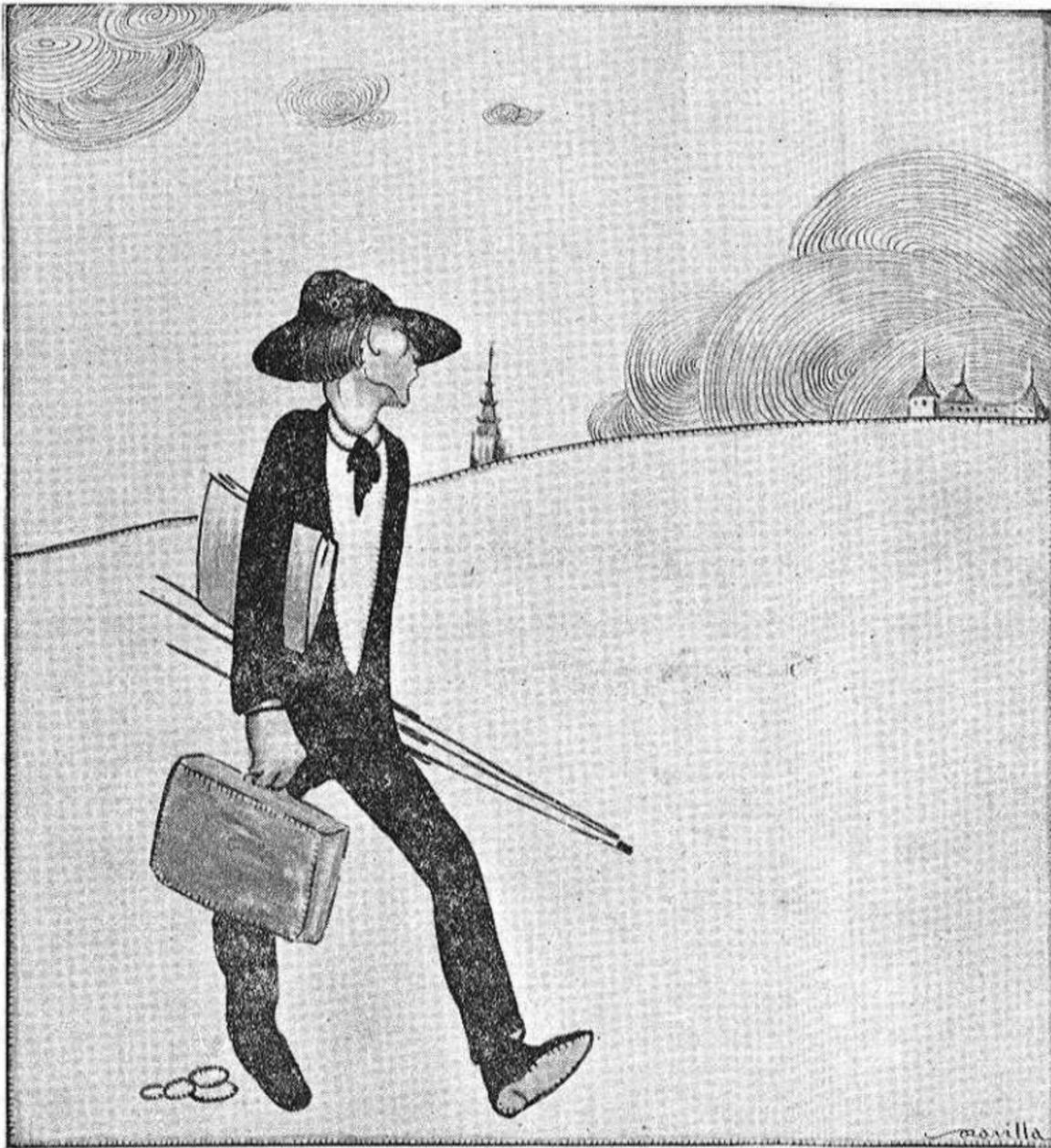
Excitada mi imaginación, primero por la lectura excesiva a que convidaba la fresca fragancia del patio entoldado, que lindas manos de mujer tenían convertido en un vergel delicioso, con su fuente central, en cuyas amplias tazas de mármol el agua del surtidor cantaba su alegre sonata de juventud, rodeado de tiestos gigantes, con esbeltas palmeras, y otros, polícromos y gentiles, que mostraban la gloria de sus geráneos y sus claveles y sus rosas de Alejandría. Luego, el calor, la vibración cegadora del sol, la soledad, en fin, que todo ello excita e hiperactiva las facultades mentales, necesitaba yo una charla reposada y amena, que fuera sedante para mis nervios y freno para mi fantasía.

Y bajé, bajé siguiendo las ruinas del cerco amurallado hasta el Baño de la Cava, donde estaba Ashavero.

El pintor bohemio no trabajaba. Tenía, sí, frente a él, extendido el caballete, sosteniendo el lienzo, de grandes dimensiones, donde había empezado a manchar un soberbio paisaje: el Puente de San Martín, sobre el Tajo ancho y bravío, rebelándose espumoso contra las presas que encuentra a su paso, y en último término el monte rocoso, coronado con la bellísima ermita de la Virgen de la Cabeza; todo ello envuelto en la luz dorada del sol que muere.

Pero no trabajaba. Sentado sobre una roca, los codos sobre las rodillas y en sus manos, largas y pálidas, apoyado su rostro cetrino, con los ojos brillantes, ojos avasos de luz, con sus dientes prietos, sosteniendo la humosa cachimba, con su amplio chambergo, negro y romántico, meditaba; soñaba tal vez; quizá recordaba su ruta caprichosa, arrastrado por el huracán de sus inquietudes a través de los senderos, sobre las ciénagas, y sobre los arenales, y sobre las flores de la vida, como una hoja seca y chirriante que un mal viento de otoño arrancó del árbol familiar.

Y charlamos. El sol se había acostado tras de los



dor, donde unos pocos locos, caballeros profesos en la muy alta, noble, esforzada y brava orden de nuestro señor D. Alonso Quijano, el Bueno, tejamos nuestros sueños de gloria y de amor.

¿Quién le trajo? Nadie lo sabía. ¿Cómo vino? Ni él mismo lo supo. ¿De dónde venía? Qué importa saberlo. ¿A dónde iba? ¡Quién sabe dónde camina la hoja seca, rugosa y chirriante, que el viento de otoño arranca del árbol una tarde fría, lluviosa y gris.

Era interesante. En nuestra tertulia, un poco bohemia y un poco rebelde, izó nuestro hombre enhiesta bandera de rebeldía; era bohemio hasta entre bohemios, era rebelde de las rebeldías un mucho ingenuas de nuestra tertulia amigable y sana, en el riconcito amable y delicioso del pequeño café provinciano.

¡Cómo se erguía su figura magra y seca, envuelto en el traje atrabiliario y sucio, y cómo brillaban sus negras pupilas, donde el sol ardiente de todos los trópicos dejara su fuego, en el rostro enjuto que había sufrido la caricia brava de los vientos de Africa y los latigazos de los aires de hielo en las largas jornadas por las blancas estepas de Rusia! ¡Cómo se erguía y cómo vibraba su alma rebelde

cigarrales, y en la sombra azul del ocaso volaban sobre el azul del río los vencejos y las golondrinas.

Ashavero, dejándose llevar del encanto de la hora, me abrió su espíritu. Ashavero oía misa todos los días y rezaba completo, versículo a versículo, el oficio parvo de la Virgen María.

¿Comprendéis mi asombro? Porque Ashavero era materialista a lo Proudhon, y era, cuando cayó en nuestro escondido cenáculo del Petit Fornos, un temible iconoclasta.

Aquello bien merecía una aclaración, y la aclaración vino cumplida.

Ashavero, se llamaba José Luis Montes de Horcajo y Escalona y había nacido en un pueblo de esta provincia.

Al filo de los doce años se andaría, cuando una noche, en lugar de acudir en busca del clásico guisado de oveja a la mesa familiar, llegó hasta la estación, y con poco más dinero que el necesario para el billete, se marchó. ¡qué importaba dónde!

En París se embriagó de ajeno y de bohemia; en Berlín de filosofía; en Moscovia de odio; en Londres de un afán insaciable de aventuras. Discutió los negocios del alma con los fakires de la India, con los Tebis de Marruecos, con los rabinos de Tetuán, hasta con los usokis de la Guinea.

Estando en Barcelona vió anclado un barco que hacía la travesía de Fernando Póo. Tomó pasaje, y desembarcó en la bahía de Santa Isabel. Encontró la colonia fastidiosa, enervante, vulgar, y se adentró a los bosques vírgenes, y vivió entre los pámuos como una encarnación de Anenvé, el dios bueno. Hasta que cierto día, el *usoki* de la tribu, que, con la presencia del blanco, había perdido gran parte de su influencia, le señaló como víctima propiciatoria que ofrecer al dios *Bieri*, para que cesara una guerra desafortunada que había diezmado a la tribu. Logró escapar, y volvió a Europa, y vino a España otra vez y entró en Toledo. Traía el alma envenenada.

Un día, José Luis se disponía a terminar un apunte, comenzado el día anterior, de la Cuesta del Corchete. Tras de una reja florida apareció, en una de las ventanas altas del Colegio de Doncellas, una cara, envidia de las rosas que casi la ocultaban; con los ojos tan grandes, con los labios tan rojos, con los dientes tan lindos, con el pelo tan negro...

José Luis encontraba que nada había tan interesante como aquellas callejas empinadas y tortuosas, y llenó su álbum de apuntes para una obra grande que proyectaba.

Otro día pasó a la capilla del Colegio para tomar una nota, y la halló tan íntimamente acogedora, tan alegre, tan limpia, tan luminosa, y escuchó las dulces salmodias que entonaban dulcemente las suaves voces juveniles de las colegialas.

Desde entonces, todas las mañanas, oía la misa conventual, y rezaba con ellas y como ellas las horas menores, y siguió por las tardes, en los alrededores del Colegio, tomando apuntes para la obra grande que proyectaba.

Aquella noche, José Luis no fué a la tertulia amable de nuestro rincón en el Petit Fornos; al día siguiente, tampoco. Indagamos, preguntamos...; nadie le había visto. Había, sin duda, reanudado su marcha, reemprendido su ruta inacabable a través del mundo, al amor de todos los climas, a través de todas las latitudes, como el desdichado Ashaverus, el triste judío protagonista de la piadosa leyenda cristiana.

Algunos meses después, el camarero nos entregó una carta.

La misiva era de Pepe Luis, fechada en Corisco, «en los palacios de Uganda el Poderoso, rey de los *bengas*», de quien era gran amigo.

Era una bella página literaria en la que cantaba líricos loores a la libertad de los bosques vírgenes, a la belleza

de las venus de ébano, a la amistad de los hombres primitivos, bravos y nobles, porque tienen desarrollado el músculo y rudimentario el espíritu.

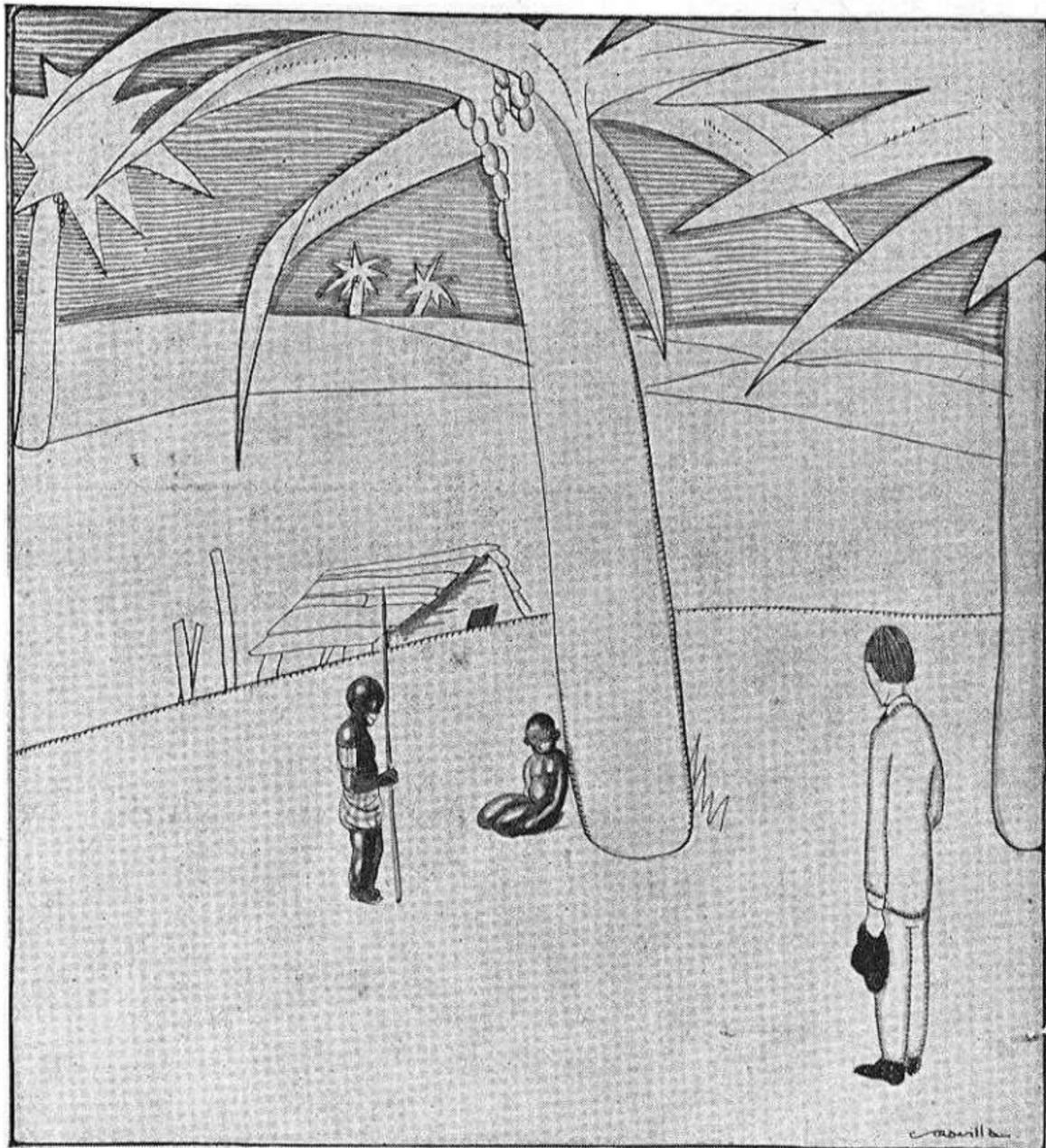
Y al final, como de pasada, bajo el P. S., iniciales que quieren aparentar olvido e indiferencia, nos preguntaba algo de Toledo, qué se decía, qué se murmuraba. Nos hablaba luego de sus apuntes, de su obra grande...

Uno recordó entonces la estrofa bellísima del poeta turco Samuel Alí:

«Tu puedes huirme, tu puedes ir del Yemen al Eufrates y del Nejd al Dahna. Tu volverás, porque yo te espero, y mi espera encadena con llamas tu corazón».

Había sido esa huída algo así como el último rafagazo de una luz que va a extinguirse, mejor aún, como el último esfuerzo con que se repliega para saltar el tigre que ha sido herido de muerte.

«Ashavero» iba herido también, «Ashavero» se replegaba y saltaba, salvaje y bravo, para morir.



Porque volvería. Ya lo dijo el poeta...

Y volvió. Volvió José Luis Montes de Horcajo. En la Guinea española, en la encantadora isla de Carisco, junto a los «palacios de Uganda el Poderoso, rey de los *bengas*», había muerto Ashavero, herido en el corazón por el flechazo de unos ojos negros que eran, en el ocaso de oro de las tardes estivales, la flor más preciosa en una reja florida del Colegio de Doncellas.

Han pasado algunos años y aquella obra grande que Ashavero, el bohemio errante, proyectaba y me expuso una tarde estival, en la sombra azul del ocaso, se ha realizado ya, más grande quizá, más admirable que la soñara él. En su pueblo, junto a sus padres, José Luis ha creado su hogar, bendito por el amor de una mujer morena, con la cara tan bella, que la envidian las rosas; con los ojos muy grandes, con los labios muy rojos, con los dientes muy lindos, con el pelo muy negro..., y las risas y los juguetes de unos angelotes traviesos y adorables.

En la casa de D. José Luis Montes Horcajo se rezan en familia todas las horas del Oficio Parvo de la Virgen María.

LOS NUEVOS MAESTROS



SEÑORITAS QUE OBTENDRÁN AL FINAL DEL CURSO EL TÍTULO DE MAESTRA NACIONAL, CON SUS PROFESORAS



GRUPO DE LOS NUEVOS MAESTROS CON SUS PROFESORES

(Fotos Rodríguez).

Del Toledo tradicional y pintoresco.

EN LAGARTERA.--UNA BODA TÍPICA



DOS «JAMALLERAS» ESPERANDO LA HORA DE IR A LA IGLESIA

(Foto Rodríguez).

A pocos kilómetros de Talavera, ciudad moderna en sus gustos, en su vida y en su actividad, está Lagartera, que es un bello relicario de viejas tradiciones, donde alienta en todo su vigor el espíritu legendario de las edades pasadas en las costumbres, en el indumento y en el trazado caprichoso del pueblo, con sus calles empinadas, angostas, retorcidas; con sus casas de piedra, que tienen amplios corredores de madera sobre las portaladas y floridas rejas de filigrana forja.

Lagartera, como si quisiera huir de la vorágine absorbente y enloquecedora del siglo, se aleja discretamente de la carretera, escondida tras de los tapiales pardos de sus cercados y de sus huertos.

Hemos visitado Lagartera, atentamente invitados por D. José Sánchez Moya y D. Cándido Rozas, médico y secretario municipal, respectivamente, exquisitamente cultos y amables y a cuyas bondades para con nosotros no encontraríamos adjetivos que expresaran exactamente nuestra gratitud.

Hemos vivido unas horas en aquel pueblo, original

y pintoresco, y la impresión que nos produjo es de las que jamás se borran del espíritu. Lagartera merece figurar como meta obligada de excursión artística en todas las guías de turismo.

A nuestra llegada, el pueblo está en fiestas, se celebra una boda de rango y de rumbo.

¡Una boda! En los menguados tiempos que corremos, agitados por el nerviosismo febril de la vida moderna, una boda suele ser para los mismos contrayentes un accidente, y en muchos casos, la creación de una nueva razón social. En Lagartera, la boda es la consumación ritual y solemne de un Santo Sacramento, y transcurre en el ambiente grave, ceremonioso y litúrgico de que los cristianos primitivos revestían todos los actos consagrados por la santa religión y ungidos por la autoridad del patriarcado familiar.

Hemos entrado en la casa de la novia: Faltan pocos minutos para marchar a la iglesia. La próxima desposada espera, hierática y grave, vestida con las ricas galas polícromas, bordadas de sedas y oro, que es el traje de



VISTIENDO AL NOVIO PARA LA CEREMONIA



LOS NOVIOS AL SALIR DE LA IGLESIA

(Fotos Rodríguez).

ceremonia. Rodéanla, a modo de damas de honor, las *jamalleras*, sus amigas íntimas, sus hermanas, las que desde este instante hasta que pasados los tres días de esta ceremoniosa solemnidad que dejará en su vida perenne recuerdo, deje de ser novia y entre en su casa, su nido, mujer y esposa.

Su traje es el mismo, igual también que el de la novia, sin otra diferencia entre sí que la combinación de los tonos.

Sobre la cabeza, peinada artísticamente, con el moño entretelado en complicadísima labor, llevan una minúscula manteleta de seda bordada y encajes que dicen «espumilla» prendida con alfileres y adornos de filigrana de oro. Llevan el busto encerrado dentro de estrecho jubón de terciopelo, y sobre el jubón el «sayuelo», bordado de oro, a través de cuya abertura asoma pudorosamente el «capotillo», prenda interior de seda que cubre el pecho.

Hasta poco más de la rodilla bajan los refajos, todos de vivos colores, bordados primorosamente en sedas y estofados de plata o de oro. La superposición de ellos es tal, que cada uno sobresale del anterior lo suficiente para lucir el bordado y la estofa, y combinar la graciosa armonía de colores que es la característica de estos trajes tan raros y tan bellos.

El minúsculo delantalillo es un prodigio de sedas y encajes, y hasta él llegan las reliquias, los collares y el rosario, que penden del cuello, este último limitado en un ampuloso borlón de hilillo de plata del que cuelga un fanalito con una estampa sagrada.

La novia en este primer día, el de la boda, cubre sus gayos refajos con una saya corta, de terciopelo negro, bordada en sedas y plata, llamada la «basquiña».

Prenda que al día siguiente, el de la «bodilla», cambia por otra análoga, de color rojo, bordada en oro y sedas, que se llama de «barragán», y sobre el costado izquierdo luce «el ramo» azahares dentro de un florón de hilillo de plata, que lleva pendiente otra reliquia más, el «farolillo». Símbolo tal vez de la lámpara mística que siempre tienen encendida las esposas prudentes de la parábola de Cristo.

En el tercer día, la tornaboda, como en los anteriores, fuera de los actos de la ceremonia, su traje es el traje típico lagarterano, el mismo que el de sus amigas las *jamalleras*.

Para el desposorio cubre su cabeza con la blanquísima «manteleta» de raso y encaje.

La madre de la novia, una viejecita simpática y amable, enamorada de su pueblo y de sus tradiciones y de su tipismo encantador, luego de habernos cortesmente reñido por haber ofrecido, delante de ella, un cigarrillo al novio de su otra hija, un mozallón grande y fuerte como un castillo medioeval, sin duda para desagraviarnos nos lleva al interior de la casa y nos muestra la «cama» para los desposados.

La cama tiene la gracia mística de un altar y la severidad de un trono. Todos los paños, todos los bordados, los encajes todos que la adornan han sido preparados por la novia desde que era niña, cuando la vida era sólo para ella la sonrisa rosada de sus muñequitas de china.

Bajo un dosel de malla y sedas, cubierto en su interior profusamente por cuadros representativos de

los misterios de María, y al exterior, «el corredor» colgante de encaje, representando los misterios de la Pasión de Jesús, se extiende el lecho, alto y severo, cubierto por una colcha de seda bordada con esterilla de oro, y debajo de ella cuatro mantas, blanca, amarilla, azul y roja, bordadas con labores de seda, cada uno de cuyos colores tiene un valor simbólico.

Sobre los *cabezales*, de sedas y encajes, una cinta ancha, de brocatel, traza en el muro, entre rosarios y reliquias, el anagrama de la Virgen María.

En casa del novio, la labor no es menos complicada ni menos interesante: toda la familia, y sus íntimos, los «jacheros», los que han de acompañarle en el grave *paso*, atienden a vestirle sus galas nupciales bajo el emparrado del patio paterno. Todos ponen en esta íntima escena patriarcal la misma solemnidad de rito con que en el siglo XIV se armaba por vez primera a los jóvenes caballeros.

Otra ceremonia, interesante y típica de las bodas lagarteranas, es el «baile de la manzana», que se celebra en la tarde del día de la «bodilla».

Es un público homenaje de pleitesía que los hombres rinden a la nueva esposa, y un a modo de despedida de ella de sus costumbres de juventud, al inaugurar su nueva vida de mujer casada.

En el centro de un gran círculo que forman con los



DESPUÉS DE LA BODA

(Foto Rodríguez).

tañedores de guitarras y bandurrias y los cantores que amenizan la fiesta, el novio con sus padrinos, sus parientes y sus «jacheros» y los familiares y «jamalleras» de la novia, se coloca ésta ataviada con sus ricas y pintorescas galas. Tiene en su mano derecha un cuchillo, y en el cuchillo clavada una manzana.

Todos los mozos del pueblo, y aun los que ya dejaron de serlo, se disputan el honor de bailar a la desposada; para lo que previamente, como una ofrenda, in-crustan una moneda de plata en la fruta simbólica.

Si durante la danza, la moneda cayera, pasa de nuevo a poder del galán. Por ello, la joven esposa baila hierática y rígida, como una sacerdotisa de un rito fantástico, sin que apenas se alcen del suelo sus pies diminutos calzados de brocatel de oro y hebilla de plata.

Nuestro redactor gráfico Pablo Rodríguez, gentil y magnífico, representó muy gallardamente a EL CASTELLANO GRÁFICO en esta simpática ceremonia tradicional. Lagartera es un pueblo arquitecturalmente interesante y típico y espiritualmente encantador y artista; soberbiamente, instintivamente artista. Su buen gusto se advierte en la graciosa armonía con que saben combinar los vivos colores de sus trajes; en la graciosa disposición de los cobres y de las cerámicas que adornan los portales de todas las casas, aun las más humildes, y se patentiza bravamente en las afligranadas labores de encajes, y mallas, deshilados y bordados de estambre y sedas que realizan las mujeres, todas las mujeres. En estos trabajos exquisitos, de carácter local, cada lagarterana es una artista y cada casa un taller.

Recorriendo el pueblo con nuestros simpáticos cicerones, señores Sánchez Moya y Rozas, que tan exquisitamente amables fueron con nosotros desde nuestra llegada hasta que bien avanzada la noche tuvimos, bien a pesar nuestro, que dejar su deliciosa compañía para regresar a Toledo, visitamos muchas casas, que es lo mismo que decir talleres artísticos, y en cada una encontramos siempre justos motivos de admiración.

Pero no es solamente en las casas, es en la calle misma, y no solamente las mujeres, sino hasta las niñas. En las puertas de las casas se forman grupos, en los que las lagarteranas, sin detrimento de su carácter... *femenino*, comentan y charlan y murmuran las cosas del lugar, mientras sus manos hábiles van realizando esas labores maravillosas que tan apreciadas son en el mercado.

Cualquiera, al visitar por vez primera este

pueblo y ver estas mujerucas de refajo y sayuelo y calzas bordadas y moño de lazo, tal vez pensaría que las tales mujeres, de indumentaria tan

alejado discretamente de la vida moderna. Nada, sin embargo, lejos de la realidad.

víos, con un fardo de labores como equipaje, emprende una ruta comercial y recorre todas las ciudades de España y hasta se interna en el

aduanas les imposibilitan todo comercio exterior.

Tampoco el hombre se allana al vivir sedentario. La tierra, poco fecunda, apenas basta para sus más rudimentarias necesidades. Ellos viajan constantemente vendiendo los exquisitos embudidos que aquí se hacen, y que por su calidad insuperable han logrado envidiable renombre en todos los mercados.

No hay ciudad española donde no sea popular la figura esbelta y graciosa del lagarterano, con su calzón corto, con su calza prieta, con su ancha y ceñida faja, su blanca chamarreta, su sayo almenado y el amplio sombrero de negros cordones.

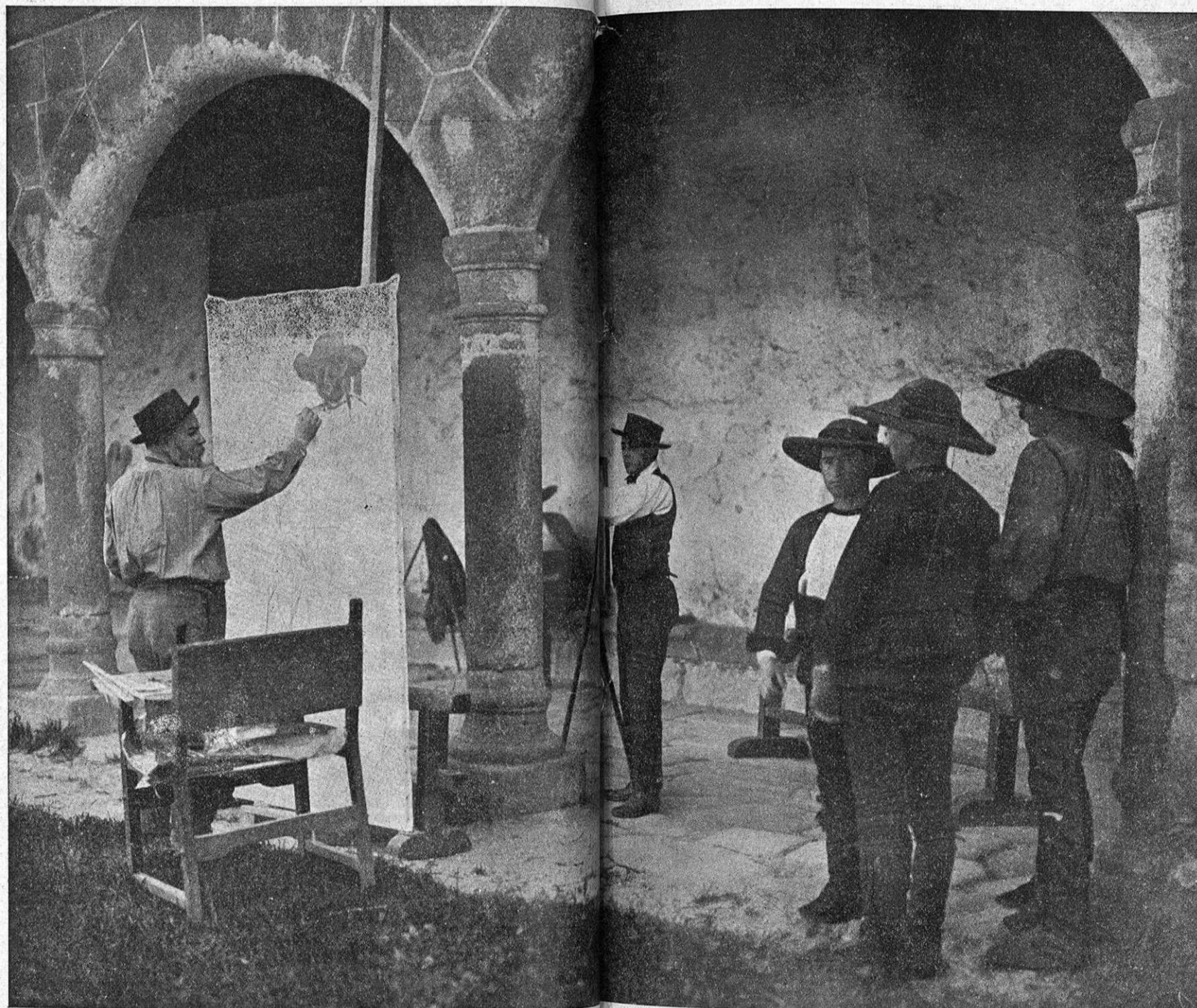
No obstante, el lagarterano, cuando después de una larga excursión comercial, luego de convivir en otros pueblos de vivir moderno, con otras gentes de rajes y costumbres tan distintas de las suyas, vuelve a Lagartera, vuelve todavía lagarterano; viene más enamorado aún, si cabe, de su pueblo y de su tipismo y de su tradición.

Y este amor preside su vida, imprime carácter a todos sus sentimientos, se manifiesta hasta en las cosas santas.

Muy amablemente, el sacristán-organista nos ha enseñado la iglesia, toda la iglesia, y en la sacristía, sobre una vieja mesa de tabla de jaspe y patas torneadas, había una virgencita de pequeño tamaño, soberbiamente tallada. Es una esculturita antigua, preciosa, que representa a Nuestra Señora del Rosario con el Niño Jesús en brazos. Pues sobre la cabeza de la Virgen, a modo de corona, luce una gentil «espumilla» de raso bordado en sedas y oro, como la que cubre la cabeza de las lagarteranas en los grandes días, los de las grandes fiestas, y la gentil cabecita, rizada y crespa, del Niño Jesús se halla cubierta con una redcilla de seda finísima, adornada con lentejuelas, como en esos días grandes, de las grandes fiestas, se adornan las cabecitas adorables de las pequeñas lagarteranitas, las que apenas si se apartan todavía del regazo materno. Y los rosarios tienen al extremo el frondoso borlón de oro y la reliquia como los de la novia gentil y sus *jamalleras*.

El mago pincel de Sorolla, el maestro glorioso de la pintura española, ha sabido arrancar a este rincón jugoso y rico del tipismo tradicional, todo el tesoro de belleza, de estética y de espiritualismo y trasladarlo al lienzo en obras sublimes que cantan en la América del dólar y el *colosalismo*, cantos de admiración al genio del artista, al alma española y al Toledo pintoresco y tradicional.

T. R.



LAGARTERA ES VENERO INAGOTABLE DE INSPIRACIÓN FECUNDA PARA TODO ARTISTA, PARA EL LITERATO, PARA EL CERAMISTA, PARA EL PINTOR; PARA «TODOS LOS QUE SUEÑAN Y LOS QUE ESTUDIARON EL SUBLIME CANTOR DE LAS RIMAS». UN DÍA, SOROLLA, EL MAESTRO INSIGNE DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA, VISITÓ LAGARTERA EN COMPAÑÍA DE SU ÍNTIMO AMIGO Y DISCÍPULO CARLOS PRIEDE. FUÉ Y QUEDÓ ALLÍ UNA LARGA TEMPORADA. BAJO LA GRACIOSA ARCADIA DEL CLAUSTRO, DEL VIEJO TEMPLO DE PIEDRA CON EL MINÚSCULO JARDINCILLO QUE FUÉ CAMPCSANTO, EL SABIO PINTOR DEL MAESTRO TRAZÓ ESAS SUS OBRAS SOBERBIAS DE TIPOS Y ESCENARIOS LAGARTERANOS QUE SON EN NORTEAMÉRICA ADMIRACIÓN Y GLORIA DE ESPAÑA, DE SOROLLA Y DE SOROLLA.

(Foto Luna.)

original y pintoresca, que imprimen a su charla tan suaves y armoniosas modulaciones, por fuerza habrán de nacer y vivir y morir apegadas a los ariscos peñascales de este bello rincón,

En Lagartera, como los pueblos enamorados de su tipismo, se mantiene puro y vivo el espíritu de la raza. La lagarterana

extranjero, si preciso fuera, decidida y valiente.

Hoy sus excursiones se limitan con las fronteras patrias, porque los altos aranceles de

El suceso prodigioso de Ocaña

El pasado día 25, en ocasión de verificarse un triduo solemne a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, se realizó un hecho portentoso en la iglesia de San Juan, donde tienen lugar estos cultos.

Aunque nuestros lectores tienen noticias detalladas del

En el segundo día del Triduo, Benedicta, mujer de fe arraigada, sintió deseos de asistir a los cultos de su Virgen-cita, y rogó a su esposo que la trasladara a la iglesia, donde desde hacía tres años, en que comenzó su terrible enfermedad, no había entrado.



BENEDICTA VALDEOLIVAS, JUNTO A LA IMAGEN DE LA VIRGEN, A QUIEN DEBE SU MILAGROSA CURACIÓN

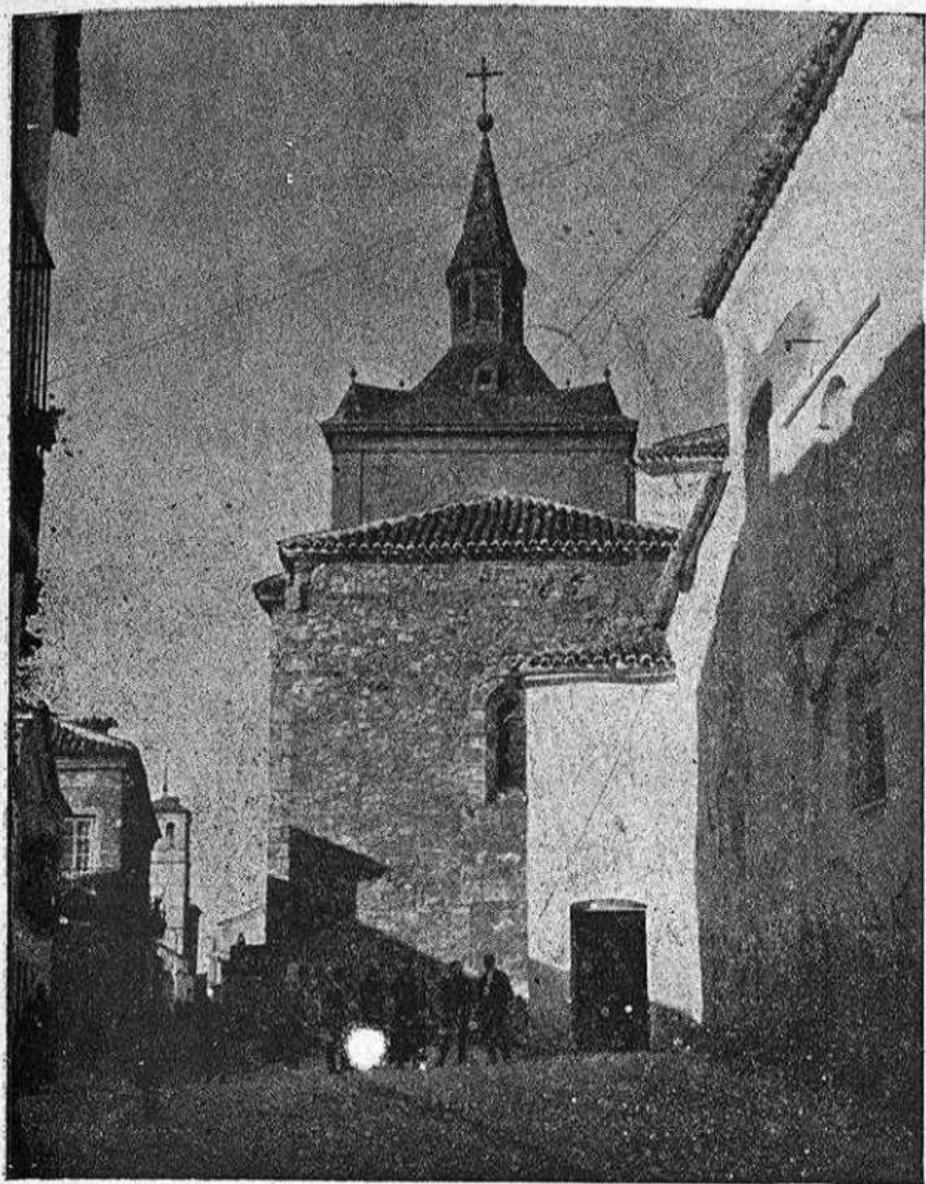
(Foto Rodríguez.)

hecho por la información de nuestro diario, reseñaremos los puntos principales de tan interesante caso.

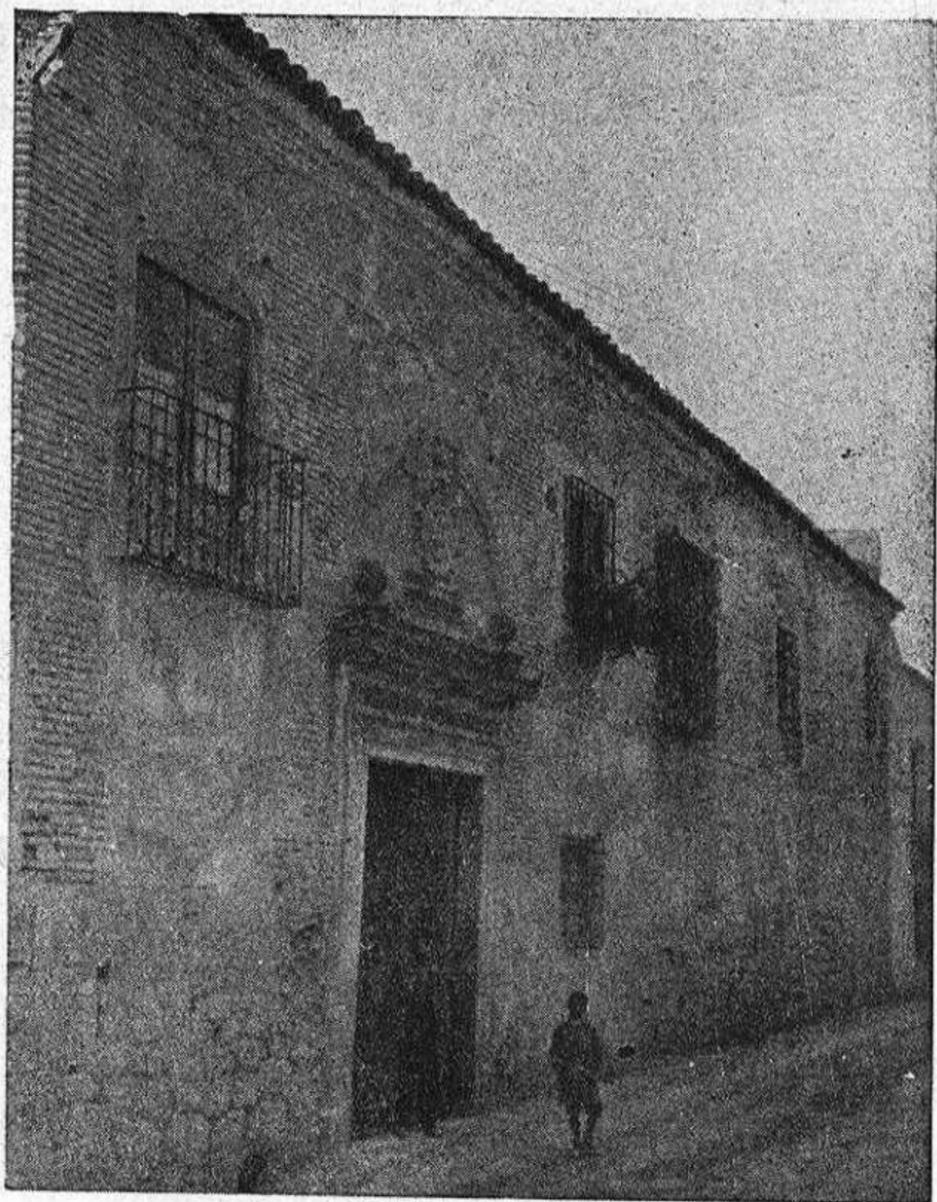
Benedicta Valdeolivas y Blanco estaba desde hacía tres años imposibilitada de todo movimiento a causa de gravísima artritis, al parecer de carácter tuberculoso, que tenía una pierna totalmente anquilosada.

Satisfizo el esposo su deseo con el auxilio de otras personas caritativas, y Benedicta, apoyada en sus muletas y ayudada de sus familiares, acudió al templo de San Juan.

Todo el tiempo que duró el culto estuvo orando fervorosamente.



EXTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN, DONDE SE VENERA LA MILAGROSA IMAGEN



CASA QUE HABITA BENEDICTA VALDEOLIVAS

A la terminación, cuando todos los fieles se disponían a abandonar el templo, un grito sobrehumano, escalofriante, de júbilo y de emoción, los detuvo, presenciando una escena tan portentosa, que jamás podrá borrarse de su imaginación. Benedicta, sin muletas, gritando y llorando y dando gracias a la Virgencita milagrosa, se levantó de su sitio y avanzó resueltamente hasta el altar mayor.

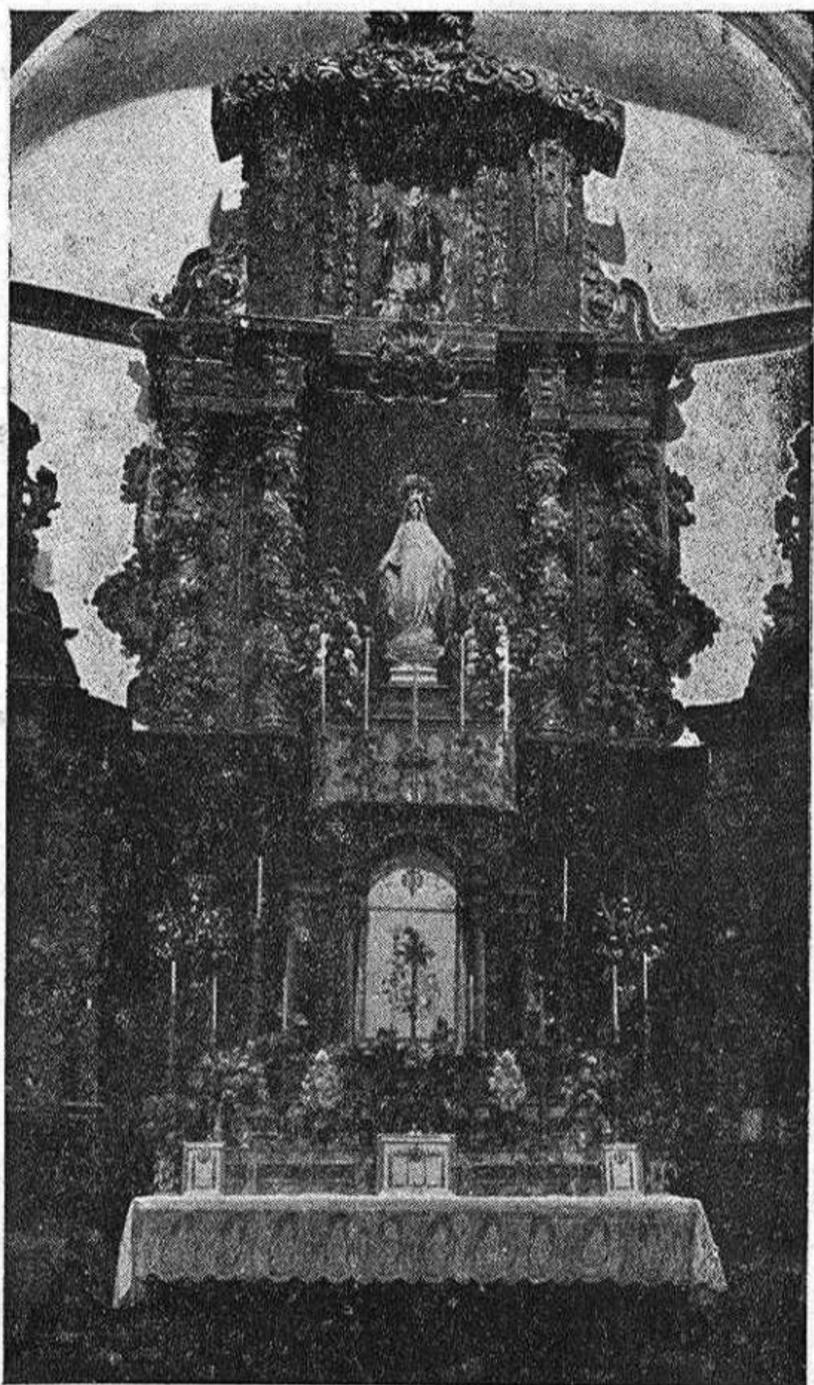
Un escalofrío de emoción sacudió la médula de los que presenciaban el portentoso caso de curación milagrosa, y todos la siguieron rezando con ella y llorando también; que estas manifestaciones grandiosas del Poder Divino ponen lágrimas hasta en los ojos de los incrédulos.

Benedicta refería que al intentar, con el esfuerzo de costumbre, coger sus muletas para marcharse, auxiliada por los suyos, sintió como un calambre en la pierna anquilosada y luego un bienestar dulcísimo, y por último, un impulso irresistible que la obligó a levantarse y andar por sí misma.

Desde el templo marchó a su casa, sin sostén alguno, seguida de la multitud, entre entusiastas aclamaciones y vivas a la Virgencita, y por la noche volvió nuevamente al templo, completamente sola, para dar gracias y asistir a la continuación de los cultos, completamente curada, según proclama, llorando siempre de emoción y de gratitud.

Nuestro redactor gráfico, que inmediatamente se trasladó a Ocaña, obtuvo estas interesantes fotografías.

(Fotos Rodríguez.)



LA CAPILLA DE JESÚS, EN LA IGLESIA DE SAN JUAN

En el Comedor de Caridad



Al cesar D. Ramón Molina en su cargo de Párroco de Santa Leocadia, a la que ha dedicado durante casi toda su vida sacerdotal sus amores y su actividad, semilla fecunda que produce siempre ópimos frutos, quiso despedirse de sus pobres y de sus niños, objeto preciado de sus predilecciones y a los que tantas pruebas de afecto tiene dadas.

Por la mañana, en la iglesia parroquial, se celebró

una solemne función religiosa en acción de gracias y despedida a la Virgen de la Salud, en la que el antiguo Párroco pronunció un sermón, tan cordialmente sentido, que emocionó profundamente a sus antiguos feligreses. Comulgaron los niños de la Catequesis y numerosos fieles, resultando un acto altamente conmovedor.

Terminada la fiesta, D. Ramón Molina repartió





regalos y juguetes a los niños pobres y bonos de pan a todos los pobres de la feligresía.

A mediodía, en el Comedor de Caridad, a presencia de la Junta Directiva y servido por las señoras y señoritas de la Catequesis parroquial, se sirvió a los pobres de ambos sexos y a los niños una comida abundante y espléndida.

D. Ramón Molina instó a los pobres con palabras nacidas del corazón y ungidas por las lágrimas

que a duras penas lograba detener, a perseverar fieles al nuevo pastor, a mantenerse en el amor a la Virgencita de la Salud, que es madre de todos, y a aprovecharse de su propia pobreza para riqueza del alma, porque Dios llamó bienaventurados a los pobres y los hizo objeto especial de su amor.

Imposible describir el entusiasmo y el cariño que estos pobres sienten por su antiguo párroco y el dolor con que le ven partir.

LOS NUEVOS BACHILLERES



LOS NUEVOS BACHILLERES CON SUS PROFESORES DURANTE LA JIRA CELEBRADA RECIENTEMENTE PARA FESTEJAR LA FELIZ TERMINACIÓN DE SUS ESTUDIOS

(Fotos Rodríguez.)



Concurso de Balompié.

Con extraordinaria concurrencia de aficionados a los deportes, se viene celebrando, organizado por «El Castellano», un campeonato de balompié en el campo del Polígono

Comenzó el referido campeonato el domingo anterior, jugando por la mañana los equipos de «El Radio» y la «Cultural Deportiva» de la Fábrica Nacional de Armas, y por la tarde, el «Racing Club» y la «Agrupación Gimnástica Toledana».

En el de la mañana ganó la «Cultural» por seis a cero y en el de la tarde, resultó vencedor el «Racing» por cinco a cero de la «Gimnástica Toledana».



Ambos partidos resultaron bastante reñidos, siendo una verdadera lástima que por las autoridades no se preste atención a estos ejercicios de educación física, ya formando, si no un «estadium» en condiciones aceptables, al menos un campo donde puedan verificarse estos y otros deportes con relativa comodidad, ya también ordenando a sus agentes prestaran alguna vigilancia en el campo de referencia, para que parte del público que asiste tenga las consideraciones debidas a los jugadores.

¡Cuánto ganarían los deportes si el público diera una muestra de cultura y afición al ir a presenciar estos partidos!



En Escariche (Guadalajara), pueblo de la diócesis de Toledo, se ha constituido, merced a las gestiones del delegado gubernativo D. Pablo Cayuela Ferreira, la «Compañía Escolar de Exploradores», bajo el mismo reglamento que la Asociación general de Exploradores de España.

Todos estamos en el deber de hacer patria, y para ello es lo primero hacer hombres, hombres fuertes, hombres sanos de cuerpo y de espíritu.

El ejemplo de Escariche debe ser imitado por todos los otros pueblos.

(Foto Cayuela.)



NUESTRO COLABORADOR «EL INTRUSO DE LA CORTE» HABLANDO CON INESITA BARCELÓ, LA PRECIOSA ARTISTA QUE TANTOS APLAUSOS COSECHA EN MORA

(Foto Monforte.)



En el concurso de carteles para las fiestas dei Corpus, ha sido premiado el de Manuel Chozas, un artista joven de las nuevas generaciones, del que es justo esperar grandes cosas.

Ocho fueron los trabajos presentados, y, en general,

muy dignos de consideración. Merecen plácemes sus autores.

En nuestra fotografía ofrecemos una vista de conjunto de la exposición, y en óvalo, Chozas, el artista premiado, junto a su obra.



Recogemos, además, en esta plana, dos notas de la actualidad palpitante. Es una, el retrato de D. Mauricio Pérez García, que, al venir de Larache a Toledo, con motivo de su ascenso a Coronel, fué obsequiado con una comida por la Junta Directiva de la Sociedad «Arte», de la que fué socio fundador y una de las primeras figuras de su cuadro artístico.



Ha sido destinado para mandar el regimiento del Ferrol.

El Coronel D. Mauricio Pérez es un toledano a quien Toledo quiere y admira de todo corazón.

Es la otra, el de la bellísima señorita María del Pilar García Ibáñez y Robles y el Capitán D. Miguel Jiménez Cortabarría, alumno de la Escuela Central de Gimnasia, cuyo matrimonio se celebró recientemente en la iglesia de la Magdalena.

A la ceremonia concurrió lo más selecto de la sociedad toledana.



(Fotos Rodríguez.)